

## Personajes Lambayecanos

# Grebavil: El talento precoz que una tragedia dejó trunco

Luis Rivas Rivas\*

Hace medio siglo, un joven escritor chiclayano terció en una ardorosa controversia en torno al célebre novelista y poeta Boris Pasternak, Premio Nobel 1958, quien hacía poco había fallecido. Lo hizo en un ensayo que ponía de relieve los singulares atributos del intelectual extinto y analizaba su obra con honda penetración crítica. El autor del ensayo era Gregorio Barrios Vílchez, más conocido en nuestro medio por su seudónimo Grebavil, con el que firmaba sus artículos en “La Industria” de Chiclayo.

Grebavil había sido un niño de talento precoz. Tal atributo se confirmó en su adolescencia. En sus escritos se daban cita la transparencia y la elegancia. Todos le auguraban un futuro brillante. Pero una tragedia truncó su trayectoria que prometía ser excepcionalmente valiosa y fecunda.

Cuando en la década del cincuenta los escritores de nuestra generación yunga (apelativo que hemos tomado de una revista cultural de la época) alcanza su plenitud creadora, Grebavil es aún quinceañero, pero se hace conocido tempranamente como colaborador destacado de los diarios locales “La Industria”, “La Opinión” y “La Noche”.

Nuestros flamantes valores literarios del momento eran Alfredo Delgado Bravo, Alejandro Lora Risco, Yolanda Sánchez, Ricardo Espinoza, Estrella Mora; pero en el libro “La Literatura Lambayecana” hemos ubicado a Grebavil dentro de este precedente grupo generacional, no sólo por su inicio precoz, sino, sobre todo, por su muerte prematura, que ocurrió trágicamente en 1963, cuando todavía no se perfilaban los poetas y escritores que, en estricta cronología, serían sus colegas de generación.

Una amistad fraterna que se inició desde la infancia, nos permite testimoniar sus innatas condiciones de escritor y de líder. Conocimos a Gregorio Barrios en las aulas de la escuela primaria Nicolás La Torre. La maestra de la clase era la profesora Estelia Vílchez, tía del futuro escritor, quien la llamaba “Mamá Estelia”, pues ella lo había criado. Ya desde entonces se fueron perfilando sus condiciones de líder y su vocación literaria. Allí fundó el periódico “El Estudiante”, en el que nos animaba a escribir.

Cuando cursaba la secundaria, creó el Club Juvenil de Radio y Periodismo (1954), el primero de su género en el país, integrado por escolares de diferentes colegios de Chiclayo: San José, Nuestra Señora del Rosario, La Inmaculada, , Pedro Abel Labarthe, Rosa Flores de Oliva, Federico Villarreal. Para entonces, su seudónimo

Grebavil era ya popular en nuestro medio. Bajo su liderazgo, borroneamos los primeros versos y cuentos quienes lo acompañábamos en el Club. El diario **La Industria** nos concedía una columna diaria; Radio Délcara nos facilitaba media hora semanal para nuestros programas culturales.

A partir de 1957, el joven escritor cursa estudios universitarios en La Cantuta, donde crea tres publicaciones “Debate”, “Estudiantes Cristianos” y “Fiat Lux”. Y también funda dos instituciones: el Centro de Estudiantes Lambayecanos y el Centro de Estudiantes Cristianos. Fue asimismo dirigente de la Federación de Estudiantes de La Cantuta e integró la delegación de la misma en el Congreso de la Federación de Estudiantes del Perú que se realizó en Arequipa en 1957. Gozó de gran aprecio entre los más brillantes profesores de La Cantuta en la época de Peñaloza, como los doctores Luis Alberto Ratto, Luis Jaime Cisneros, Javier Sologuren.

A propósito de Javier Sologuren, cuando vino invitado por la señora María Ofelia Cerro para que fuese Jurado en los Concursos Anuales de Cuento y Poesía de Lundero, me refirió que fue su alumno Gregorio Barrios quien le enseñó el manejo de la impresora (habilidad que Grebavil había adquirido en La Industria de Chiclayo), es decir la ya legendaria impresora de la Rama Florida, donde el poeta editara textos memorables de la literatura peruana. Recuerdo bien que cuando me acerqué a saludarlo y –habiendo transcurrido 35 años desde que fue mi profesor– le pregunté: “Doctor Sologuren, ¿se acuerda usted de mí?”. Me respondió: “Por supuesto, tú eres Lucho Rivas, el amigo de Gregorio Barrios”. Fue gratisísimo para quien esto escribe saber que mi maestro me recordaba, sobre todo, como el amigo de Gregorio Barrios.

En La Cantuta, Grebavil alcanzó también un rol destacado. Y ante el embate de los materialistas, libró indismayable lid en defensa de la doctrina social de la Iglesia. Un profesor amigo le traducía entonces del francés (secretamente, porque temía represalias del fanatismo ateo) textos del Padre Lebreton y del Abate Pierre que le servían de gran ayuda en un debate, en el que, pese a la gran desventaja numérica, siempre salió victorioso.

Asimismo escribía (ya sin seudónimo) muy interesantes artículos en “La Prensa”, en la época en que el diario de Baquíjano lucía una plana muy prestigiosa de editorialistas y colaboradores, entre ellos: Arturo Salazar Larraín, Juan Zegarra Russo, Manuel Aguirre Roca, Álvaro Belaúnde, Jorge Luis Recavarren, Mario Castro Arenas, Luis Rey de Castro, Elsa Arana Freire, Enrique Chirinos Soto.

Por aquellos años, Gregorio Barrios Vílchez escribe un agudo y esclarecedor análisis de la obra del novelista y poeta ruso Boris Pasternak, a quien su gobierno, utilizando diversas formas de coacción, le había impedido ir a Suecia a recibir el Premio Nobel y tenía prohibida la publicación y circulación de “El doctor Zhivago”. El

luminoso trabajo de Barrios pone de relieve la maestría creadora de Pasternak, así como su profunda vocación por la libertad y su vigorosa cosmovisión cristiana.

Gregorio Barrios Vílchez profesaba las mismas convicciones y en sus escritos era siempre perceptible una honda espiritualidad y una defensa ardorosa de todos los que sufrían cualquier forma de opresión o de injusticia. Las frecuentes citas bíblicas que se halla en ellos muestran que la Biblia era su libro de cabecera.

Así en su producción periodística como en su ensayo sobre Pasternak, el autor cuestiona y rechaza, con igual contundencia, a los dos sistemas políticos entonces en pugna, tanto el lucro voraz, egoísta e inhumano de uno de ellos; como el totalitarismo opresor, antidemocrático y sectario del otro. Con un verdadero apostolado, Grebavil, que no desmayaba ante los denuetos fanáticos, mostraba convicción plena y verbo convincente en su adhesión a los principios del cristianismo y a las libertades democráticas. Y tuvo el coraje de hacerlo cuando por doquier imperaba la propaganda totalitaria, materialista y atea.

En 1962, la Asociación de Profesores del Colegio San José, que presidía el doctor Jorge Wester (era director del Colegio el doctor Eloy Arriola y Presidente de la Federación Departamental de Educadores, el doctor Guillermo Baca), eligió a Gregorio Barrios Vílchez como Delegado ante la Asociación de Profesores de Educación Secundaria. Un año después, en junio de 1963, Barrios viajó a Río de Janeiro, como integrante de la delegación peruana, a un Congreso Latinoamericano de Educadores. Fue uno de los más jóvenes y destacados en el evento. Finalizado el certamen, los participantes decidieron retornar por mar y visitar Argentina.

Empero, el 10 de julio ocurrió un grave percance en la nave en que viajaban. Ésta se incendió en Mar del Plata. Los pasajeros se arrojaron al oleaje helado. Cuando llegaron las fuerzas de rescate, encontraron a Grebavil asido a un madero... ¡ya sin vida!

La noticia arrancó lágrimas en todo el país. La Federación de Periodistas del Perú y la Federación Nacional de Educadores del Perú le rindieron multitudinario y conmovido homenaje. Dolidos editoriales y comentarios en la prensa de todo el país. Recuerdo que uno de los artículos más conmovedores sobre el trágico suceso fue el de la escritora chilena Teresa Donoso Loero, entonces residente en Lima y colaboradora de "La Prensa".

Ella, poco antes, había sido víctima de ataques de quienes, no comulgando con sus ideas, le habían enrostrado su condición de extranjera. Grebavil, quien no conocía a la escritora pero leía sus artículos, la defendió ardorosamente. Destacó el talento de la agraviada e invocó desechar chauvinismos y asumir, sin discriminaciones, una actitud fraterna, más allá de las fronteras.

En el artículo que, después de la tragedia de Mar del Plata, le dedicó Teresa Donoso a Barrios decía: “Nunca pensé que fueras tan joven. La hondura de tus reflexiones me hacía suponer que tenías dos o tres veces la edad en que se truncó tu vida. Y admiré siempre la nobleza de tus sentimientos. En todo lo que escribías se te veía el alma, un alma siempre generosa”. (Esta última frase, fiel retrato de Grebavil, nos impresionó mucho y nos ha servido siempre para definir a quienes defienden causas nobles y escriben con honda espiritualidad).

Diversas organizaciones escolares en Lima y en Chiclayo tomaron el nombre de Gregorio Barrios Vílchez. De igual manera, lo hizo también la Primera Convención de la Unión Católica de Periodistas Escolares Lambayecanos (UCAPEL), a la que estaban afiliados todos los periodistas escolares del Departamento, bajo la asesoría del Padre Antonio Elduayen, a la sazón Director del Colegio Manuel Pardo (1964).

Poco antes de su muerte, Grebavil fundó en Lima la Agrupación Cultural Boris Pasternak. Y un hecho particularmente notable es que escribió unos poemas de acento desgarrado y trémulo en los que aludía a un frío intenso que calaba su osamenta, cual si presintiera su trágico destino en las gélidas aguas de Mar del Plata.

Aquellos versos, dotados de genial expresividad, permanecen hasta hoy –como el resto de su obra– inéditos. Recopilarlos y publicarlos es el mejor homenaje que podríamos tributar al precoz talento que fue el líder de mi generación, cuando amanecía a la vida.

\*Escritor, Profesor Principal de la USAT.